

Jorge Ruedas de la Serna (coord.). *Diplomacia y Orientalismo. Fuentes Modernistas*. México, Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Filosofía y Letras-Dirección General de Asuntos del Personal Académico, 2007.

A lo largo del siglo XIX el Oriente se dejó ver ante el mundo occidental; China y Japón develaron sus misterios, apunta Paul Hazzard en su imprescindible libro *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*. Tal apertura impulsó el viaje real pero no canceló el viaje imaginario, los dos viajes fueron atractivos para los escritores románticos, y en los albores del siglo XX, los modernistas latinoamericanos se mostraron verdaderamente fascinados por conocer el oriente. *Diplomacia y orientalismo. Fuentes modernistas* da cuenta de tal interés subrayando un evento clave para el diálogo entre dos culturas: la Exposición Universal de París del año 1900, en la que se exhibieron objetos, pinturas, piezas teatrales, a un caudal de visitantes que contemplaron la diferencia en la concepción del arte y/o intentaron una especie de traducción a los cánones occidentales.

En el prólogo a *Diplomacia y orientalismo. Fuentes Modernistas*, Jorge Ruedas de la Serna señala el origen y el propósito:

El libro que ofrecemos al público, con fines estrictamente académicos, no es propiamente una antología, sino el resultado de un trabajo de seminario de docencia e investigación, en el que sometimos a debate un amplio conjunto de textos. Del análisis de los mismos y de las discusiones sobre su significado actual, surgieron los artículos que aquí presentamos acompañados de los textos que mejor representan los temas propuestos (p.18).

El libro tiene dos partes: la primera, se dedica a textos de los autores europeos que ejercieron influencia en los escritores modernistas latinoamericanos; ellos son Louis Gonse, Edmond de Goncourt, Pierre Loti, Lafcadio Hearn, Rudyard Kipling, de cuya obra se seleccionaron textos breves que muestran puntualmente su interés e interpretación sobre las artes plásticas, el teatro, la vida cotidiana, su misterio, el misterio de la mujer, el paisaje. En la segunda parte, figuran textos de autores latinoamericanos: Rubén Darío, José Juan Tablada, Efrén Rebolledo y Arturo Ambrogi.

Sobre Luois Gonse, autor de *El arte japonés*, obra en dos volúmenes publicada en 1883, Nicole Giron señala que “el descubrimiento de ese arte fue un verdadero ‘choc’” (p. 24) para los intelectuales y artistas europeos debido a la diferencia conceptual, pues en Japón, agrega, “no hay una obra que no responda a un propósito decorativo o que no tenga un uso práctico” (p. 23), dos finalidades que fluían en la herencia, lo mismo en telas bordadas y grabados en madera, que en estampas y cerámica, así como en objetos utilitarios, como botones y cajitas.

La obra de Gonse, una investigación que destacaba la historia y las técnicas artísticas, la evolución de géneros, las influencias de otros países orientales, se convirtió en un libro indispensable para el conocimiento del arte japonés y, más aún, tuvo repercusión en la pintura europea, ya que, apunta Giron, aceleró su evolución hacia el impresionismo, tangible en la obra de Toulouse Lautrec y Paul Gauguin. Así, la apertura del mundo occidental al conocimiento del arte japonés rindió sus efectos en Europa y se constituyó, a la vez, en fuente para los escritores latinoamericanos, un movimiento que rompió fronteras y puso al descubierto una fisura en la hegemonía de los países europeos sobre el resto del mundo.

Edmond Goncourt fue uno de los autores que más contribuyó a la “invención de Japón”, como señala en su comentario Guillermo Quartucci; el movimiento estético denominado “japonismo” impregnó la literatura y las artes plásticas con una temática que va de los objetos, la iconografía, las tarjetas postales, hasta la imagen de la mujer. En el *Prefacio a Chérie*, los neologismos *japonería*, *japonizante*, *japonismo* se pusieron de moda al designar los objetos

que nombraban lacas, cerámicas, biombos, abanicos, marfiles, ilustrados con iconografías que se convirtieron en un estereotipo, entre ellos, el de la enigmática mujer japonesa.

Tal misterio parece descubrirse en la obra *Madame Crisantemo* de Pierre Loti, uno de los autores de mayor influencia en los escritores modernistas latinoamericanos, como señala en su comentario Arturo Vilchis Cedillo. La lectura del texto de Loti nos permite apreciar el itinerario del viajero que mira el paisaje desde el barco aún rodeado por las montañas de Nagasaki; ya en tierra firme, entre el perfume de las flores y el canto de las cigarras, surge la exclamación: “¡Qué edén inesperado, este Japón...!” (p. 53), que luego cambiará al entrar a una ciudad “sin ninguna importancia” (p. 53), frase que denota el Japón mercantil: los vendedores de biombos, zapatos, cajitas, cigarras vivas, viandas, una escena que el narrador estima propia de un mundo grotesco. Y la visión ambivalente continuará a lo largo del relato; por la noche Japón se tornaba en “un país de encantamientos y hechicería” (p. 55), imagen que se confirmará en el encuentro con Jazmín, la mujer con la que se casará. Al conocerla, comprueba que ella es esa figurita bella plasmada en el fondo de las taza de té, con el rostro de una niña de mejillas blancas y rosadas.

De Pierre Loti se incluye también “Un baile de Yedo”, una crónica sobre la celebración del cumpleaños del emperador Mutu-Ito en 1886. En la descripción de la indumentaria de las damas japonesas que asistieron al baile, el autor muestra la moda europea en la decoración de los salones con objetos como los faroles a la veneciana que a Loti le dan la impresión de un Japón “de buen humor”; las mujeres lucen vesti-

dos europeos y algunos hombres portan el traje nacional. La crónica de Loti evidencia la otra cara de la moneda, la moda europea en Japón, que considera ridícula y exótica.

Rudyard Kipling fue uno de los escritores más leídos a finales del XIX y a lo largo del XX, de ahí que se incluya “Viaje al Japón”, cuyo título original es *Visión del Japón en diez horas*, publicado en 1889. Uno de los pasajes de este libro narra la visita del autor al templo de Chion-in, una sede budista. En la descripción del edificio es notorio el referente del autor: el de las iglesias cristianas; sobre el ritual, escribe Kipling:

De no ser por algunos accesorios de poca importancia, del estilo de unas imágenes entrevistas de grandes hombres (pero éstos hubieran podido llamarse santos), la escena podría haberse desarrollado en una catedral gótica romana; digamos en la rica catedral de Arundel. (p. 121)

Kipling aprecia en Japón un gran pueblo donde los oficios, en palabras occidentales, como la talla de madera y la forja del hierro, los colocaría en el mundo del arte. En su *Visión del Japón en diez horas* sigue los paradigmas de la cultura occidental; no obstante que él nació en la India, su educación inglesa domina. El comentario de Iván García es una bien fundada interpretación del texto de Kipling; con el sugerente título “La sensación de lo real”, discute el problema de la realidad y la ficción a la luz de los conceptos de Paul Ricoeur y de Antonio Candido.

Para cerrar la parte dedicada a los orientalistas europeos que influyeron en los escritores modernistas latinoamericanos, se incluyen tres reseñas sobre la representación teatral japonesa que fue objeto de

admiración por los visitantes de la Exposición Universal de París.

El drama titulado *Kesa* fue reseñado por la española Condesa Pardo Bazán, el guatemalteco Enrique Gómez Carrillo y el mexicano Manuel Flores; los tres comentan la actuación de Sada Yakko y verifican la fama que para entonces había conseguido fuera de Japón, según apunta Jorge Ruedas de la Serna; la actriz tuvo gran éxito en Estados Unidos y en Europa, y provocó, sin que ella se lo propusiera, la reivindicación de la mujer japonesa “sometida ancestralmente a la más denigrante condición de servilidad”. (p. 130)

Gómez Carrillo opina que el aplauso del público obedecía a lo raro y no a lo bello de la actuación, la transformación del personaje de muñeca a mujer a causa del delirio de los celos le parece única. La crónica del mexicano Manuel Flores destaca la versatilidad de Sada Yakko, cuyo rostro va del odio ante el seductor a la bondad expresada en una “sonrisa angelical” (p. 136) antes de morir. La Condesa Pardo Bazán compara la obra japonesa con dramas como *Otelo* y *Los amantes de Teruel*, signados por “la violencia pasional y la romántica protesta” (p. 139). Describe también las particularidades de la actuación japonesa que se concentra en la mímica, el movimiento y la actitud accionando todo el cuerpo; así, la gesticulación comunica toda la gama sentimental y hace prescindible la comprensión del idioma.

La segunda parte de *Diplomacia y orientalismo. Fuentes modernistas* está dedicada a los autores latinoamericanos que emprendieron el viaje real o el viaje ficticio a Oriente. Comienza con el Prólogo de Rubén Darío al libro *De Marsella a Tokio* de Enrique Gómez Carrillo. Japón es para Darío “el país de los dragones, de las cosas raras,

de los paisajes milagrosos y de las gentes que parecen caídas de la luna” (p. 146) Cuando Gómez Carrillo regresó de Japón visitó a Darío y le obsequió un álbum de amores torturados, una oración tibetana y una estampa de Utamaro. En estas últimas el poeta nicaragüense comprueba lo leído en los textos de los Goncourt, tiene ahora el “testimonio vivo” de quien había tenido la suerte de caminar por los puentes de bambú y de admirar a las mujeres que sólo había contemplado en los biombos. El prólogo de Darío refiere las impresiones que Gómez Carrillo le enviaba en sus cartas. Cuando apenas tenía un mes en Japón, le escribe:

He tenido una deliciosa desilusión. En vez de un país europeizado y americanizado de que hablan los publicistas serios, he encontrado el delicioso pueblo de los abanicos. Entre los Leroy Beaulieu y los Loti, los Loti siempre tienen razón. Es un país de muñecas y sonrisas, el Yamato. Fuera de Yokohama que es internacional, fuera de los métodos industriales y de los sistemas guerreros que son europeos, todo sigue siendo lo mismo que antes. (p. 147)

Como se podrá notar, Gómez Carrillo oculta los signos occidentales, se niega a dejar el Japón imaginario, el de Loti y su *Madame Crisantemo*, por eso su viaje real no parece opacar ni destruir el viaje que los escritores modernistas hicieron por las páginas de los Goncourt, de Leofcadio Hearn, de Kipling.

El comentario de Guillermo Quartucci subraya la admiración que los modernistas hispanoamericanos tenían por los escritores franceses. Al respecto plantea cuestiones clave: ¿qué significaba Japón para los escritores hispanoamericanos?, ¿dónde ubicar el japonismo de Darío y Gómez Carrillo

cuando el modernismo se extendía a todo el mundo de habla hispana? Las posibles respuestas implican, entre otros puntos, la caracterización del lugar desde donde escriben los autores paradigmáticos.

En las “Notas japonesas” que José Juan Tablada publicó en *El Mundo Ilustrado*, en mayo de 1905, el itinerario del viaje de Yokohama a Hakone, desata la descripción del paisaje, en la que escuchamos el odioso chirriar de las cigarras, sinónimo del “ruido estridente” de la crónica de Loti “Madame Crisantemo”, según lo verifica la nota a pie de página. De esta crónica llamé mi atención la representación del Fuji, que se da en dos niveles: en la superficie del lago de Hakone se refleja la montaña y, simultáneamente, el cronista rememora las estampas que ha visto, dos imágenes que forman un juego orientado a dotar de verosimilitud al texto, una mirada propia del escritor modernista que, como señala en su comentario Ruedas de la Serna, “se propone generalmente ver la vida y el mundo a través del prisma del arte” (157)

Respecto de la autenticidad del viaje de Tablada a Japón, Ruedas de la Serna lo pone en duda. En el caso de esta crónica, se nota la ausencia de la experiencia vivida tangible en la anécdota; una prueba se da cuando, prosiguiendo el típico itinerario por Tokio, el escritor refiere su disgusto por haber encontrado cerrada la puerta de la casa de una geisha; esa puerta –señala Ruedas de la Serna–:

era la entrada al Japón íntimo, al Japón real, que Tablada nunca transpone en esta crónica [...] Quizás más que en ninguna otra, en esta crónica de Tablada se puede constatar el trasfondo libresco sobre el que literariamente está compuesta. (p. 156)

No obstante, los textos que sobre Japón escribió Tablada incidieron en las relaciones que el México de entonces se empeñaba en cultivar con aquel país, hecho que ilustra la fuerza de los viajes imaginarios que presentaban al escritor mexicano como un auténtico conocedor del Japón. Paradójicamente, José Juan Tablada no accedió a los encargos diplomáticos.

Efrén Rebollo, en cambio, sí cumplió misiones diplomáticas durante la mayor parte de su vida; estuvo en Tokio de 1907 a 1915, ahí escribió tres obras. En el libro que reseñamos se incluyen dos fragmentos de *Nikko*. En el primero leemos la descripción de la visita que el autor hizo a la baronesa Narita; como bien señala en su comentario Carmina Mignon —“Los hechizos de Nikko”— el autor no refiere la ceremonia del té, uno de los tópicos por excelencia, sino que fija su atención en el rostro y en la indumentaria de la hija de la anfitriona. En el segundo fragmento del texto, el cronista refiere al lector el haber escuchado una leyenda en la voz de Von Vedel, quien, a su vez, la había leído en “uno de esos libros de historias japonesas que deberían llamarse cofre de joyas del espléndido Lafcadio Hearn” (172). El mexicano decide “narrar a mi guisa la exquisita leyenda nipona atañada a achaques de amor” (p. 172).

El escritor salvadoreño Arturo Ambrogio publicó en 1915 *Sensaciones de Japón y China*, del que se tomaron dos crónicas: “La fiesta de las linternas” y “Los lotos de la Hanaya”. Esta última atrajo mi atención por los trazos de la florista que figuran una auténtica estampa: el personaje elige lotos cuyo aroma se intensifica por los graciosos movimientos de ella ante el comprador, quien simula placer ante un perfume inexistente. El cronista esculpe la figura de

la vendedora y la convierte en una efigie parlante, cuyos movimientos se deslizan en una escena perfecta, digna del espacio de la página impresa, una representación que delata el ágil movimiento de la mimesis que, no obstante, ha puesto al cronista en la vida real, a vender lotos, una de las flores emblemáticas de Japón.

Dos ensayos de especialistas en el modernismo hispanoamericano cierran el libro que reseñamos: “Hiroshige: La pintura japonesa como fuente de inspiración modernista”, de Araceli Tinajero, y “Tulipanes en suelo de nopales. El ‘modernismo’ literario y el primer ‘japonismo’ de José Juan Tablada”, de Bolívar Echeverría.

En la caracterización de la estética modernista Araceli Tinajero aborda la representación del paisaje y señala que los escritores “presentaban una naturaleza casi perfecta” (p. 195). Para el caso de los textos incluidos en el libro, podríamos decir que el paisaje japonés aspira a la perfección de acuerdo con las impresiones del viaje real o el viaje imaginario de los escritores.

Por su parte, Bolívar Echeverría señala que el amor a lo exótico proviene de los misioneros franciscanos que llegaron a América; ya en el siglo xx el arte moderno descubre la otredad en las vanguardias, y los modernistas sustituyeron las formas exóticas

que traía de América a escondidas, por las de un metropolitanismo europeo, [y] se vio obligado a dar la vuelta y ponerse a buscar otras formas exóticas, las preferidas en Europa en tiempos de la *belle époque*, que eran las del exotismo dirigido hacia un Oriente imaginado, hacia un Japón artificial. (p. 210)

En efecto, los textos incluidos en *Diplomacia y orientalismo. Fuentes modernistas*

verifican el asombro de los autores latinoamericanos, la otredad, la de ése oriente visitado y/o imaginado en los libros de los Goncourt, Gonse, Loti, Kipling.

Los comentarios a los textos incluidos en *Diplomacia y orientalismo* reflejan la lectura y la distancia crítica frente a ellos; muestran una virtud, la sencillez, que no riñe con la profundidad e ilustra el movimiento de ir al momento de la producción desde el presente, ese viaje real por los textos que desata el viaje imaginario y que, a la postre, nos coloca en tierra firme para entregar a los lectores el resultado de la

lectura. El itinerario, lo sabemos, tiene escalas en otros textos, dicho en términos académicos, se trata de la investigación, materia a debate en el Seminario de Crítica Literaria. Pertinentes y sobrias son también las notas a los textos seleccionados. Por último, considero que *Diplomacia y orientalismo. Fuentes modernistas* es una auténtica aportación al estudio del modernismo latinoamericano ■

Leticia Algaba Martínez
Departamento de Humanidades, UAM-A